

Todo está en continuo cambio y todo cambio es evolución. La evolución a gran escala y a gran velocidad se denomina *revolución*. Este proceso está por encima de toda valoración relativa o moral humana, pero la ciencia y la filosofía occidentales, los evolucionistas, como reflejo del vacío existencial del mundo industrializado, consideran que *evolución* es solo el incremento de la eficiencia del individuo en la depredación compulsiva sobre su entorno por considerar que este está formado por entidades separadas, independientes y tangibles que se oponen y contradicen en lugar de encontrarse y enriquecerse.

A esta ciencia le falta el sexto sentido que la relacionaría con el espacio en el que todos cabemos. Hemos de ir más allá del realismo que somete a los seres humanos a soportar leyes sociales concebidas por una óptica reduccionista sumaria, propia de las fases previas de la evolución, meramente animales o prehumanas que toman la naturaleza inferior como único modelo estructural y de referencia. El rechazo de nuestra naturaleza sobrehumana —sobreanimal— culmina con el pesimismo escatológico y el nihilismo existencial que nos amarra al plato de comida igual que a los demás animales, pero con un carácter devorador que estos desconocen.

La interdependencia de todos los seres y fenómenos pone de manifiesto la falta de entidad propia de todos ellos. Esto no niega lo que se ve, escucha o percibe, sino que cuestiona el concepto de la verdad intrínseca de estas cosas, una creencia que es la causa del sufrimiento. La visión de la interdependencia es la clave de la sabiduría humana; determina la epifanía del paso al *Homo sapiens-sapiens* que los instintos primarios y reactivos del *Homo faber* impiden. Esta mutación ha de ser consciente, lo que la hace extremadamente delicada y contingente. Esto muestra la importancia asombrosa que adquieren los medios de comunicación para la evolución específica de la Humanidad, pues, transmisores de la visión y comprensión del fenómeno de la interdependencia podemos liberarnos de nuestra condena a una bestialidad peor que la de los animales.

La ley de la interdependencia es la que establece que el beneficio propio y el ajeno son inseparables. Esta ley parece inspirada por la reminiscencia del tronco común del que se supone que procedemos todas las especies de la tierra, solidaridad que expresa magníficamente la gran alianza del Arca de Noé. Darwin escribió: «Podemos suponer que los animales, nuestros hermanos en dolor, enfermedad, muerte, sufrimiento y hambre —nuestros esclavos en los trabajos más arduos, nuestros compañeros en nuestras diversiones— participan con nosotros de un pasado común».

Hay otros modos de relacionarse con la vida, particularmente cuando esta crece en complejidad: la simbiosis de los contrarios. Con la actual atomización de los medios de comunicación que rompen el muro de la exclusividad y propiedad de los mismos, se abre la información de lo que pasa en el mundo hasta llegar al último rincón. En cierto modo se establece la selección natural a través del conocimiento y la información. El encuentro de la nueva tecnología de Occidente con la vieja sabiduría de Oriente ha de producir la mayor revolución biocultural que se haya conocido en el planeta Tierra. Al contrario que la ciencia y la filosofía modernas, ahí donde estas ven la lucha generacional entre civilizaciones, lucha de clases y demás conflictos innumerables producidos por la omnipresente codicia sobreanimal, la sabiduría *perennis* ve un punto de encuentro que incardina el elemento ontológico con el genético. Esto es la asunción de la finalidad de la vida mental, *ontoteleogenética*, capaz de autoconocerse en la presente vida consciente, aun transitando por la vida cotidiana que corresponde a nuestra especie.

La ontoteleogénesis es la génesis elevada del ser, una visión profunda capaz de integrar el pasado y el futuro a medida que se eleva en la vertical óptica. De ello daría cuenta una ciencia que tratara la ley de causa y efecto —el karma— aplicada a la escala evolutiva del ser. Al término *ontogénesis* (la génesis del ser) se le da un carácter eminentemente biológico que excluye su carácter mental y espiritual, propio de la teleología, la «causalidad final», el *thelos* de la génesis del ser consciente, la liberación de la ignorancia universal.

Del légamo biohistórico o filogenético emerge una nueva especie de seres humanos de linaje ontoteleogenético, no meramente ontogenético, capaces de desprenderse cualitativamente del tronco

común de las especies animales y orientarse (tele-guiarse) hacia un horizonte *sobrerracional*. Esta liberación es la característica de la nueva especie, el asentamiento del *Homo sapiens-sapiens*, que es tan cualitativamente superior al mero *Homo sapiens* como este lo es respecto al resto de animales.

La liberación de la ignorancia innata es la particularidad que nos separa de la vida ciega respecto a sí misma. Como consecuencia de esta observación sensible de la realidad ilusoria que confunde a los humanos, surge la compasión de quienes trabajan para erradicar las causas del sufrimiento, la primera de las cuales es la ignorancia. Mientras tanto, los hijos del «gran capitán», sean del bando que sean, trabajan solo para apoderarse del bien común e imponer su ley de la verdad única, la verdad del más fuerte. La conclusión búdica de la evolución es diametralmente distinta de la de nuestros evolucionistas, que lo basan todo en la competencia gregaria y nunca en la solidaridad, salvo en aspectos *infrarracionales* o biológicos. La complejidad da lugar a organismos más elaborados y funcionales, eficientes, pero, mentalmente, es la solidaridad la que define la fuerza global que ha de irrumpir en el mundo. Se trata de una perspectiva científica verificable, no voluntarista o teológica (el sálvese quien pueda), como la capitalista y la marxista, ni exclusivista y antropocéntrica, como la de muchos monoteísmos.

Si bien la evolución del ser interior que se transforma de vida en vida tiene una finalidad teleológica, esta no sigue un plan final predeterminado. La ciencia budista de la mente propone una dialéctica ontológica de la evolución del ser interior —humano, animal o de cualquier otra apariencia— que pueda tomar el continuo mental que nos arrastra de vida en vida. Nos referimos al *continuo mental*, no a las máscaras egoicas con las que se manifiesta específicamente en cada una de sus existencias. Sin el entendimiento de la dialéctica sobrerracional que imbrica al ser en la vertical de la conciencia trascendental, perdida nuestra entidad ontológica, el evolucionismo materialista nos acaba tratando como meros animales de producción.

La actividad humana influye decisivamente en la selección natural y en la sostenibilidad del medio ambiente, y la actividad tecnológica influye en el progreso social y económico, pero su carácter abrumadoramente comercial hace que esté más orientada a satisfacer los deseos de los más prósperos (consumismo) que a las necesidades esenciales de los más necesitados (comunismo), lo que precipita una mayor desigualdad social (insolidaridad), pobreza y sufrimiento.

La tecnología abre nuevos horizontes a la vida y actividad de los seres humanos, facilita la adaptación al medio ambiente y ofrece innumerables e inusitados recursos. La tecnología hace obsoletas las previsiones de Malthus, pues puede usarse para proteger el medio ambiente y evitar que las crecientes necesidades superfluas fomentadas por los intereses creados continúen haciendo de esta vida un valle de lágrimas cada vez más infernales. La revolución tecnológica es uno de los principales factores de la eco-evolución, la evolución positiva que nos interesa a todos.

La reducción de la jornada de trabajo implica menor producción material individual, y, a su vez, mayor calidad de la educación por aprovechamiento del tiempo libre y produce una mejor preparación para el trabajo, así como el bienestar físico, moral e intelectual de los trabajadores. Así se logra la dignificación del ser humano. La nueva tecnología, sin embargo, no es enteramente aprovechada por la sociedad, otra vez perjudicada por la cultura *teopatriarcal*. El teopatriarcado consagra la lucha de clases que se inicia con el derrocamiento del matriarcado, la primera violación histórica de la naturaleza medioambiental. No quiere ceder el paso a la cultura sobrerracional que libere al hombre del yugo del trabajo, y continúa favoreciendo la expropiación de los recursos del planeta en beneficio de un 15% de la Humanidad que se apropia de los recursos del restante 80%.

La tecnología es una rama de la eco-evolución que da nueva vida y sombra a un futuro mejor para la Humanidad y su entorno, propiciado por el encuentro entre la nueva ciencia y la epistemología budista, y esto favorece la interiorización de la vida que procura la ciencia de lo virtual. Se está produciendo, a ojos vistas, una profunda mutación en la naturaleza de la vida humana. La irrupción de la conciencia humana en el ciberespacio destaca la virtualidad de la vida y de las relaciones eco-sociales. Estas afectan directamente al individuo y a su relación con el entorno, la economía, la política, el medio ambiente y, en general, al ámbito cultural y espiritual, hasta el punto de dar lugar a esta mutación biocultural que pone de manifiesto la naturaleza

sobrehumana de la nueva especie *Sapiens-sapiens*.

La interacción física inmediata se vuelve cada vez más infrecuente, al tiempo que se consolida una nueva forma de relación social: la *interacción virtual*, esto es, mental. A medida que prosigue la evolución, la mente y la agilidad mental toman preponderancia. Esto genera una crisis de valores tan profunda que significa el fin del patriarcado y su régimen basado en sangre, sudor y lágrimas del trabajo de explotación eco-ambiental. Lo que no han logrado las sangrientas revoluciones sociales lo propicia ahora la revolución cibernética, que señala la emancipación del ser humano del trabajo de tracción y producción animal, desbordando así los viejos esquemas de la usura patriarcal.

Al propiciar la búsqueda del equilibrio entre el desarrollo mental que acompaña a la evolución humana y su integración con el medio natural, cultural y espiritual, se procura la preservación de la Humanidad, en el más noble sentido de la palabra. Hay que cambiar el paradigma del lucro ligado al desarrollo económico de unos pocos por el de la solidaridad universal de la eco-evolución positiva que beneficia a todos, no solo bajo el parámetro de la cantidad, sino del salto cualitativo que supone esta misma revolución de la cantidad cualificada. La evolución natural ayuda al despertar de la conciencia universal. El desarrollo de las comunicaciones y su atomización, y la relajación del trabajo físico, ha de dar lugar a una nueva república medioambiental, favoreciendo el viaje mágico del ser interior que eclosiona con la plenitud de la conciencia soberracional. Más allá de la comparación y la competencia, el nuevo ser sobrehumano es respetuoso con el prójimo y con el medio ambiente, y mejora el entorno, incluso en la cotidianidad de las urbes, lejos de la explotación patriarcal y la Humanidad carnívora que la representa.

Pero esta evolución desgraciadamente no se transmite mediante el proceso educativo por el que las generaciones heredan el patrimonio cultural, científico y técnico de sus antecesores. El proceso expansivo-destructivo del progreso materialista se opone a la igualdad de derechos de todos los seres a que se respeten sus intereses vitales. La codicia rige las vidas íntima y pública de los seres tecnosalvajes. La orientación de la cultura fálica postulada por el patriarcado, éticamente pervertida al consagrar la ley del más fuerte, desvirtúa la educación y el trabajo, manipulados por la economía de guante blanco y mano de hierro que diezma las habilidades de los agentes mutantes y perjudican la vida de todo el ecosistema. Los humanos provocamos cambios ambientales que influyen en la diversificación evolutiva y la economía de consumo y la depredación promueven y publicitan necesidades estériles en la gente, y, además, ocultan sus posibilidades reales.

La *eco-evolución* incluye como factor principal la cualidad del trabajo humano y la inventiva que se desprende del mismo. La eco-economía, o economía integral, brinda la posibilidad de crecer en armonía, mental y físicamente. La ética ecológica refleja a la divina, una ética que diferencia a la nueva especie soberracional y sustituye lo competitivo que resta por lo solidario que enriquece, lo fatigoso del trabajo por lo lúdico de la creación, el razonamiento estéril por la contemplación de las cosas y fenómenos tal como son, incluida la naturaleza del yo.

Con una selección y desarrollo imaginativos de las técnicas de sostenibilidad y de recuperación, se daría pleno empleo integral, bioético y lúdico a la juventud. Con la dieta vegetariana se multiplica de modo incalculable la eficiencia, la sostenibilidad y el confort de la vida entregada a la aventura del conocimiento. Se acabaría el hambre en el mundo y su capacidad recreativa cambiaría la faz del planeta en lo que más se puede parecer a una nueva versión del paraíso perdido. La diversidad de costumbres y hábitos, la recuperación de antiguas experiencias culturales y médicas mejoradas por una ciencia libre del industrialismo comercial y del afán de ganancias desmedidas del mono tecnosalvaje, definitivamente desacreditado el lucro como meta principal de las empresas, se transformarán en un trampolín global hacia la vida trascendental.

La eco-evolución no se limita a la vegetación animal, en cuyo légame se desarrolla la vida animada; también afecta a la vida mental que la siembra con la evolución de su conciencia. Esta sigue al sol del despertar a una dimensión soberracional, a pesar de lo que hemos hecho con la naturaleza de la vida hasta el día de hoy.